PERFIL DE JUAN RULFO

Óscar Mata

El lunes 12 de agosto de 2002 se dio a conocer una lista con los 100 mejores títulos de todos los tiempos, elaborada por cien escritores de prestigio mundial, a petición del instituto Nobel, con el nombre de Biblioteca Universal de Literatura, que viene a ser una especie de referencia de obras fundamentales de la literatura para el lector del siglo XXI. En esa lista aparecen nombres y títulos hartamente conocidos: Homero con la *Iliada* y la *Odisea*, Dante con la *Divina Comedia*, Shakespeare con *Hamlet* y *Otelo*, Balzac con *Papá Goriot*, Stendhal con *Rojo y negro*, Proust con *En busca del tiempo perdido*, Joyce con el *Ulises*, Kafka con *El proceso*, Mann con *La montaña mágica*... Hay cinco autores hispa-

noparlantes, dos españoles y tres latinoamericanos: Cervantes y el *Quijote*, García Lorca y el *Romancero Gitano*, Borges con *Ficciones*, García Márquez con *Cien años de soledad* y Juan Rulfo con *Pedro Páramo*.

En efecto, y esto cualquier extranjero que lo haya leído bien lo sabe, en la obra de Juan Rulfo lo mexicano adquiere dimensión universal, los chismes y las habladurías pueblerinas se convierten en los murmullos del otro mundo, el que desde nuestro nacimiento nos espera y al que algún día tendremos que ir. Leídos, admirados y estudiados a fondo en todos los países en los cuales se han editado, los dos libros de Rulfo han dado pie a una extensa bibliografía rulfiana, que contrasta con el escasísimo conocimiento que

se tiene de su autor. El escritor Juan Rulfo, como no pocos de sus personajes, en vida se las arregló para permanecer en la sombra, siempre al margen de cualquier difusión que se intentara hacer de su persona. Proverbiales eran sus negativas para entrevistas y reportajes, sus tretas para escabullirse de los investigadores, principalmente extranjeros, que intentaban acercarse a él. Se trataba de un hombre hosco, huraño, que parecía el primer sorprendido por el éxito de su obra y, sobre todo, por las expectativas que generaba su trabajo. ¿Cuándo iba a dar a conocer *La cordillera*?, novela que Rulfo escribía por ahí de 1960 y el Fondo de Cultura Económica se prestaba a editar, pero al final de cuentas nunca apareció. A este respecto hay dos declaraciones de Gabriel García Márquez, una pública y la otra privada, hechas a finales de los sesenta. La pública: es admirable la manera en que Juan Rulfo ha logrado mantener su anonimato después de haber escrito una obra como *Pedro Páramo*; la privada, dicha a su amigo el pintor Antonio España: la gente le está pidiendo a Rulfo que publique otro libro para criticarlo y decirle: "Aquí te equivocaste", pero Rulfo es tan listo que no les dará el gusto... Como es de todos sabido, así sucedió, lo cual no ha impedido que

el oriundo de Sayula, Jalisco, día tras día, lectura a lectura, relectura a relectura, escriba mejor.

La hosquedad de Rulfo impidió que la gente lo conociera. En 1970, ya siendo un autor plenamente reconocido y aclamado, muy pocas cosas se sabían de él. Había nacido en Jalisco, en el seno de una familia venida a menos durante la Revolución, había trabajado para la Goodrich Euzkadi y tenía un puesto en el departamento de publicaciones del Instituto Nacional Indigenista. Casado y con hijos, llevaba la vida de cualquier empleado clasemediero, pagando la renta de un departamento y las letras de un auto mediano. Estaba completamente alejado del alcohol y sistemáticamente se negaba a hablar de su obra. Lo rodeaban los dichos y las anécdotas, como aquella que proclamaba que el mismísimo autor de *El llano en llamas* había sido incapaz de redactar un oficio burrocrático, que terminó dictándole un

viejito compañero de oficina [...] En fin, dicen los díceres [...] En este sentido, el libro de Sergio López Mena que ahora nos ocupa es una valiosa recopilación de material en torno al autor de *Pedro Páramo*, desde su acta de nacimiento, en Sayula, a las 5 horas del 16 de mayo de 1917, y su nombre “verdadero”: Carlos Juan Nepomuceno Pérez Vizcaíno, que se redujo a Juan Pérez Vizcaíno cuando fue empleado del Archivo de Migración y trabó amistad con Efrén Hernández, en la época en que empezó a escribir relatos que publicaba con el nombre de Juan Rulfo, cuando no los destruía, como sucedió con la mayor parte de su primera novela y con *La cordillera*. Algo suicida había en este artista, que como ser humano padeció insomnio y como creador debió pagar con 30 años de silencio la hazaña, la osadía, de haber escrito la mayor de nuestras novelas, la que mejor nos dice en el mundo y en el tiempo.

Interés especial revisten las páginas que López Mena dedica a la amistad de Rulfo con Efrén Hernández. Fue una amistad tutelar, pues el guanajuatense Hernández, trece años mayor que él, constituyó un modelo de vida para Rulfo: más metido en sí mismo, ensimismado, escuchando su voz interior, llevando a solas la responsabilidad tanto de lo escrito y publicado como la de lo no escrito, o no publicado. “Todo lo que soy se lo debo a Efrén Hernández”, dijo Rulfo en cierta ocasión. Cuentan que durante el entierro de don Efrén, cuando su féretro bajaba al sepulcro, se oyó lo siguiente: “Rulfo no volverá a escribir”. Por lo menos no publicó más, pero muchos en el mundo entero consideran que ni falta hizo.

Ficha bibliográfica

Sergio López Mena, *Perfil de Juan Rulfo*, México, Praxis, 2002, 95 pp.